

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0475 — B. Orden

Redacción y Administ. FREU 1657

Valores y giro: A. Barrera

Teoría y práctica del movimiento obrero

A fuerza de particularizar la propaganda anarquista y de colocar las ideas en un lugar inaccesible para el común de las inteligencias, hay compañeros que llegaron a suponer que el anarquismo es algo así como el privilegio de unos pocos: de los más selectos de la intelectualidad proletaria, que generalmente muy poco contacto mantienen con el proletariado. Descubrimos en ese concepto particularista un remedo de individualismo, ya que hacer de la ideología libertaria — que es sentimiento y acción — un dogma intelectualista o cerebralista que no pueden interpretar las inteligencias medianas, supone de hecho el mantenimiento de una capilla dogmática que muy poco se interesa por las luchas de la clase trabajadora.

Si se considera al proletariado, por sus condiciones económicas y por su situación de permanente sujeción al yugo del salario, colocado en el camino del anarquismo; si aceptamos que las masas están instintivamente en el terreno de la revolución y sus luchas tienden a concretar fines sociales superiores a la conquista de mejoras económicas; si, por ese mismo convencimiento del valor de nuestra propaganda en el movimiento obrero, llegamos a la conclusión de que los anarquistas somos los principales animadores de la energía popular exteriorizada en repetidos intentos subversivos, ¿cómo es posible que nos detengamos aún a discutir si el anarquismo es privilegio de unos pocos o concreta en cambio anhelos y aspiraciones colectivas?

Un anarquismo intelectualista, que teme entrar en contacto con la masa obrera, o a lo sumo se acerca al proletariado para recordarle su pequeñez intelectual, no es, no puede ser el compendio de las teorías sociales anarquistas. La anarquía no es una bella abstracción filosófica, sin contenido real en las luchas del presente; es, más que nada, un sentimiento de libertad y justicia, una aspiración de futuro que "sienten" los trabajadores aún cuando la mayoría no sabe expresarlo... Y ahí está precisamente el valor de nuestras ideas: la verdadera potencia espiritual del anarquismo.

Los teóricos del anarquismo — nos referimos a los que no conocen las prácticas del movimiento obrero y no llegaron a identificarse con las luchas y aspiraciones del proletariado — emplean dos métodos distintos para juzgar los problemas sociales. Sin rechazar por completo la organización sindical, reducen las funcio-

nes del sindicato a sus objetivos más inmediatos: la conquista de un mayor salario. De acuerdo con esa concepción clasista, el movimiento obrero no saldrá nunca del círculo económico y estaría condenado a seguir todas las alternativas del desarrollo industrial y a girar en el círculo vicioso del capitalismo. Limitada la acción de los trabajadores a esa precaria lucha de clases, reducidos los sin-

tentativos de particularización de un movimiento de ideas ineludiblemente ligado al problema económico, se debió a la carencia de un método "propio", que señalara la pretendida diferencia entre los trabajadores organizados y los anarquistas. Como los antagonismos reales están en las ideas y no en los sistemas de organización (que son siempre una consecuencia de aquellas), los "partidos"

ses donde más poderosa era la influencia de nuestras ideas, llegaron al mismo punto negativo frente al movimiento obrero. La tendencia individualista y antiorganizadora (una atenuación del individualismo intelectualista), llevó a los anarquistas de Italia y de Francia al extremo de la cuestión social; quedando fuera del campo de agitación y de lucha del proletariado. Y el exceso de sindicalismo, que significó en estos últimos años el más completo olvido de las ideas, corrompió en España al movimiento anarquista, eliminando de las prácticas gremiales la influencia de la ideología libertaria y reduciendo el campo de acción de los anarquistas a la lucha por el salario.

Para explicarnos ese fenómeno debemos tener principalmente en cuenta las orientaciones que los anarquistas de Europa siguieron en el movimiento obrero. El error, según nuestra manera de ver, parte de la táctica antiorganizadora de unos y de la concepción sindicalista de otros. Colocarse fuera del movimiento obrero con la pretensión de orientarlo en los períodos normales y de dirigirlo en un trance revolucionario, significa convertir el anarquismo en una concepción política. Y de nada sirve que se declare previamente que el anarquismo no quiere dirigir políticamente a los trabajadores, ya que otra cosa no supone esa pretensión de orientar desde afuera a los sindicatos obreros. Intervenir en el sindicalismo como componentes de una clase "necesariamente" enemiga de otra clase, obrando en los conflictos económicos como simples asalariados que solo persiguen un fin de mejoramiento en sus condiciones materiales, importa a la vez una negación de las ideas, un desconocimiento del factor moral que obra como determinante en las acciones de los pueblos y va creando en la conciencia colectiva la noción de una nueva vida y de un nuevo derecho.

He ahí, pues, el obstáculo del anarquismo. La falta de armonía entre la teoría y la práctica del movimiento obrero, la ausencia de un método para integrar las diversas manifestaciones de la propaganda anarquista es la causa de repetidos fracasos. Si la posición de los anarquistas en los sindicatos estuviera asegurada con un concepto claro de lo que el sindicalismo vale y representa como medio de acción y de lo que las masas pueden aportar a la orientación del movimiento obrero, serían difíciles sino imposibles las continuas desviaciones del proletariado. Pero tanto los antiorganizadores como los anarco-sindicalistas (anarquistas en el grupo doctrinario y sindicalistas en el gremio) se desprecupan de la orientación de los trabajadores, rechazando los primeros por completa-

POLITICA FASCISTA



Italia... ¿dónde me llevas care dixi Mussolini... No te asustes, Caminemos un poco más y venceremos el obstáculo... con una pirueta.

dicatos a esa inútil función corporativista, claro está que los anarquistas deban buscar fuera del movimiento obrero el cumplimiento de sus luchas. Y el anarquismo teórico, ofrece una organización propia, específica, que no solo no plantea los problemas sociales en forma distinta al sindicalismo, sino que también incurre en los mismos errores de la organización económica del trabajo.

Todos los ensayos de anarquismo partidista — organizado en partido "político", al margen o por encima del movimiento obrero — fracasaron lamentablemente. El fracaso de esas

anarquistas o bien quedaron reducidos a pequeños grupos doctrinarios sin influencia alguna en la masa trabajadora o se confundieron con el movimiento obrero, prestandose al juego de los sindicalistas y olvidando los principios libertarios y la posición intransigente de los anarquistas frente a las corporaciones dominadas por los marxistas y obscuentes con la práctica reformista de la social-democracia.

El ejemplo de esa desviación y el vicio de las ideas nos lo ofrece el anarquismo europeo. Por dos caminos distintos, los anarquistas de los pa-

Breviario de la contrarrevolución

DEL ATAQUE A LA DEFENSA

todo contacto con la masa y entregándose los seguidores al imperativo de las necesidades económicas, que más que necesidades reales son muchas veces el efecto de una degeneración del mismo sindicalismo o la consecuencia de prácticas que crean artificiosos intereses conservadores.

Nosotros podemos basar esta crítica en la realidad de nuestro movimiento. Sin que cometamos la torpeza de creerlos en la verdadera huella del anarquismo, podemos sin embargo sostener que la táctica seguida en los sindicatos nos permitió conservar la ideología anarquista frente a todas las desviaciones y contra todos los reformismos infiltrados en las organizaciones proletarias. La teoría y la práctica del movimiento obrero se armonizan perfectamente en la F. O. R. A., que no es un "partido" anarquista ni una organización sindicalista: es, más que nada, la concreción de nuestras ideas y de nuestras aspiraciones llevadas al movimiento obrero y puestas al servicio de la emancipación integral del proletariado.

Porque no nos encastillamos en principios metafísicos, inaccesibles a la inteligencia de los obreros, y porque no hacemos tampoco concesiones a los que basan en la realidad el fin de todas sus aspiraciones, los anarquistas de la Argentina podemos reivindicar como nuestra una organización obrera. Y la F. O. R. A. no es de hoy, obra de una improvisación caprichosa o el resultado de una posición circunstancial frente a los políticos marxistas y a los profesionales del sindicalismo; cuenta con más de veinte años de existencia y su historia es la historia de todas las luchas sostenidas por los trabajadores de este país frente al capitalismo y al Estado.

A esa clara posición del anarquismo de la Argentina, que no se niega como fuerza actuante en las luchas del trabajo ni se substraen a la responsabilidad de sus orientaciones, se debe que haya sido relativamente fácil destruir en el movimiento obrero la fusión bolchevique y aclarar el confusionalismo introducido en las filas anarquistas por los agentes de Moscú. La F. O. R. A. fué la primera organización obrera que rechazó el camelo comunista. Y es también la que toma la iniciativa de orientar al anarquismo en el sentido de conservar su influencia en el movimiento obrero, sin transigir con los políticos de dictadura y con los sindicalistas neutros que reclaman todo el poder para los sindicatos y pretenden mantener en pie todas las ficciones unitarias y materialistas del marxismo.

El confusionalismo europeo terminará por orientarse en este sentido, pues las mismas circunstancias obligarán a abandonar una posición que es incompatible con la realidad de la acción obrera y de la vida sindical. El movimiento obrero de este país, que ha sido el más activo y el más consciente de los movimientos obreros de Europa, se orientará en este sentido, pues las mismas circunstancias obligarán a abandonar una posición que es incompatible con la realidad de la acción obrera y de la vida sindical.

Hubo momentos en el agitado período de 1918 a 1921 en que realmente la revolución llamaba a nuestras puertas y nos hacía sentir el júbilo de la hora suprema de todas las reivindicaciones. Una ola internacional de entusiasmo solidario conmovió a los esclavos modernos y les llamó a la conquista del porvenir. El corazón y el cerebro de los oprimidos respondieron a los imperativos de la hora, rompieron el ritmo de la rutina, salieron de los cauces cotidianos, y el país se atrevió a erguir su cuerpo curvado bajo el peso de una negra servidumbre milenaria y a mirar de frente al sol. Se vivieron en esos años horas inolvidables y el despertar de los pueblos ofreció un espectáculo grandioso y conmovedor. Por fin se descubría a nuestras miradas anostas la tierra prometida. Surgió una Rusia preñada de promesas de libertad de entre los escombros del zarismo y por todas partes caían en ruinas los viejos sistemas carcomidos por la ola de fuego de la revolución.

Solo fué un despertar pasivo de las masas de esclavos; una ráfaga extraña en los hábitos adquiridos por una larga noche de autoridad y de explotación; aparecieron los rayos de una aurora nueva y Prometeo levantó la frente, pero no supo destruir sus ligaduras; revivió en su alma un impulso formidable de vagos deseos, de indefinidos anhelos y zozó de esas nuevas e inefables sensaciones; la hora memorable que siguió a la gran guerra no dejó en las masas de los oprimidos y de los explotados más que el recuerdo de un espasmo de ínfima satisfacción, de un júbilo interno indescriptible, una débil sensación de preludios de libertad. Se extinguieron los entusiasmos en la pasividad entorpecida y las cadenas quedaron...

No debe extrañarnos que los pueblos no supieran qué hacer con sus propias fuerzas; los años de esclavitud pesaron sobre ellos como una sofocadora atmósfera de impotencia; a vivir la libertad se aprende prácticamente, no por los libros, sino por la vida misma. Y las experiencias reales, los aprendizajes prácticos de las masas para vivir libres eran tan pocos, tan insignificantes, tan débiles que su recuerdo se había perdido y la voz de la tradición no transmitió de esclavo a esclavo, de padre a hijo, de generación a generación, como se transmitió por muchos años la costumbre de la ocupación de las fábricas en Italia, lecciones de sabiduría práctica para la conquista de un mundo mejor.

Las clases privilegiadas stationen que la revolución llamaba a las puertas del mundo y quedaron aterradas. Los trabajadores no sabían qué hacer para ocupar su puesto en la vida, pero tampoco las capas privilegiadas supieron moverse para defender sus privilegios y conjurar el peligro. Si el ataque del proletariado hubiera sido efectivo y rápido, no habría encontrado apenas resistencia. Tal era el espanto que imperaba arriba, en las esteras de la riqueza y la dominación.

En el período de 1918 a 1921 la voz de los trabajadores fué sin embargo un factor decisivo en la vida social; los capitalistas y los gobernantes consideraron que sería un gran triunfo mantener en la defensiva y colmar al menos en apariencia, los deseos más apremiantes de las masas.

Vivimos con la convicción de que era un período transitorio el que atravesábamos, pero en lugar de bravar que el brujío del mundo, nos fuimos inclinando de parte de la reacción, confiábamos ciega e irreflexivamente en nuestro propio triunfo. Frente a los serviles burgueses pensábamos que el momento ya había pasado y que el momento ya había pasado y que el momento ya había pasado...

Fué un período de política de oportunismo de las masas laboriosas, y en el período de la propia fuerza que no se...

gol pudiese decrecer al día siguiente; nos decía la realidad claramente que luchábamos con ventaja, que marchábamos en una ofensiva triunfal y la seducción y el disfrute de la tierra prometida que divisábamos en la lejanía nos apartó los ojos de la realidad de nuestra situación; y cuando cambiaron las perspectivas, nos tatemamos trágicamente que no habíamos hecho nada para romper las cadenas de nuestra esclavitud. Y entonces era ya demasiado tarde... Nuestros enemigos habían probado nuestra inexperiencia y recordado sus fuerzas y su valor para doblegarnos de nuevo a su voluntad y un crimen otra vez a su carro de triunfo.

Casi espontáneamente nos vimos sometidos a los viejos amos, de la ofensiva proletaria internacional se pasó a la ofensiva capitalista y autoritaria en todos los países; los que ayer atacaban, — o creían atacar, — hoy tienen que defenderse, y viceversa, los que hoy atacan, se defendían ayer. Tan rápido fué la mutación del escenario que muchos aparecen hoy subyugados por el pesimismo y desconflan amargamente del porvenir de la humanidad.

Nosotros consideramos que es una pérdida enorme la experimentada por el proletariado, que no supo quebrantar sus ligaduras cuando tan fácil le hubiera sido; pero estamos muy lejos de hablar de una derrota. No, no es una derrota la sufrida, es una lección práctica que nos hará más oportunos en lo sucesivo. Para nosotros no hay más que una sola derrota en las luchas revolucionarias: la pasividad. Atacar o defenderse es siempre movimiento, es siempre vida. La pasividad es la adaptación al dolor, a la miseria, al crimen permanente del sistema imperante.

Hace unos años las circunstancias nos eran favorables; ahora nos son en extremo desventajosas; ayer la lucha existía más víctimas a nuestros enemigos que a nosotros; hoy es al contrario. La modificación es grande, pero mientras la vida revolucionaria persista, mientras la bandera de nuestras aspiraciones quede en pie, no hay motivo para desesperar. Llegarán ineludiblemente días mejores, y entonces sabremos aprovechar el tesoro de las experiencias.

Esta hora reclama la actividad tenaz y consciente de las minorías rebeldes, dueñas de su voluntad. Las grandes masas proletarias reposan del cansancio emotivo de los años de guerra y de efervescencia revolucionaria. Los movimientos de masas posibles todavía en esta hora, son los movimientos colectivos de la reacción.

PANORAMA REACCIONARIO

Buscáramos inútilmente un refugio de libertad en la tierra; dirigíamnos en vano la mirada a oriente o a occidente, al norte o al sur, lo mismo en la monarquía que en la república, lo mismo en la democracia burguesa que en la democracia socialista, lo mismo bajo el imperio de la aristocracia que bajo la dominación de los soviets, la reacción entona sus himnos de triunfo sobre las espaldas del proletariado que trabaja y que sufre. La reacción se toma la revancha furiosamente contra los años pasados de actividades y de pensamientos revolucionarios.

Los graduaciones de este fenómeno internacional son tan insignificantes que podríamos pasarlas por alto. De Lenin a Mussolini o a Primo de Rivera, la variación es escasa; nosotros, los anarquistas, podríamos constatar ciertas diferencias en Rusia nuestra patria y nuestra propaganda están totalmente estranguladas; en Italia, aunque en círculos muy reducidos todavía, se puede hacer oír la voz serena de un Malatesta en esta hora de tragedia. Pero estas diferencias que nos atañen particularmente no deben antojarnos en nuestro juicio; para nosotros es igualmente concebible la dictadura de Lenin que la de Mussolini y no podríamos combatir una sin combatir las otras, pues si la revolución no será nacional o

no se considerará nacionalmente, tampoco la reacción se fijará en un sólo país, inmediatamente del resto del mundo.

Nuestro camarada Roser decía en una ocasión memorable: Si un cerebro humano fuese capaz de concebir en todos sus detalles terribles el crimen de la gran guerra, se derrumbaría bajo esa avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas. Lo mismo podríamos decir de esta hora de reacción: si un hombre pudiese abarcar la totalidad de las monstruosidades y de los crímenes de esta guerra sangrienta e inhumana entre las fuerzas del pasado y las del porvenir, se quejaría bajo el peso del dolor proletario. Las cárceles del mundo entero, la miseria, la muerte, las persecuciones, nos dicen día a día que vivimos en una época extraordinaria y que extraordinario debe ser nuestro valor y extraordinaria nuestra fe para resistir esta prueba de fuego y esperar el advenimiento de días mejores. De todos los ríncones de la tierra parten los alaridos de la desesperación y los ayes de las víctimas. Un desconsuelo moral increíble señala el triunfo de los explotadores del trabajo creador. No en un país determinado; sino en todas partes, en todas las latitudes, bajo todos los regímenes políticos. En los tiempos de Guillermo II, en la misma Alemania, — un país que nunca reveló una excesiva sensibilidad revolucionaria ni una conciencia humanitaria ejemplar, — no se hubiera permitido sin graves protestas el armamento con armas de fuego de los gendarmes en tiempos más o menos pacíficos. Hoy, bajo la socialdemocracia, al menor signo de intranquilidad pública, de temor a desórdenes populares, los gendarmes acuden con granadas de mano y ametralladoras, dispuestos a derramar sangre humana con sádico placer. Y la conciencia moral colectiva no se indigna, ni exterior ni interiormente, en presencia de un espectáculo tan bestial y bárbaro.

Cuando nuestro compañero Francisco Ferrer fué condenado a muerte, no obstante sus convicciones anarquistas, una formidable protesta internacional de todas las clases sociales, de todos los partidos, obreros y burgueses, condenó la monstruosidad jurídica de los torturadores españoles. Hoy constatamos que estamos completamente solos frente a la condena de los supuestos autores de la muerte de Dato. El mundo no se preocupa, después de haber visto correr tanta sangre, de la cabeza de los revolucionarios.

Nuestro amigo Giovanetti de la *Unione Sindacale Italiana*, entre otros los ociosos forzados de este triste período con las ediciones del número de años que distribuyen los tribunales fascistas sobre nuestros camaradas. Las sumas de Giovanetti llegan a un número de siglos que aterroza al más valeroso. Los días de Nicotera, el famoso repagado, los días más trágicos de las persecuciones contra la vieja Internacional, padecen y se nos figuran nimiedades en comparación con los horrores del fascismo. El viejo dicho *cocto acris* hoy un sistema de represión lleno de humanidad y de dulzura. Y la tierra de los inquisidores, la patria de los torturadores del *Mein Kampf*, ha visto mucho en los días inolvidables de la *Mesa Negra*, de Alcalá del Valle, de Cambios Nuevos, pero las lágrimas y la sangre vertidas en estos últimos tiempos, han superado todo lo que era de esperar en mérito a las viejas tradiciones de la historia española. La época de las leyes hispanofascistas de excepción no podría compararse con este período de dictadura militar en Alemania bajo la protección de la socialdemocracia. La actual represión en los Estados Unidos no es inferior a la que siguió después de los acontecimientos de Chicago en 1886. En todos los países, grandes y pequeños, había trabajo incasante para los Giovanetti. Con un poco de paciencia podrían presentarse a la posteridad las estadísticas más espantosas del martirio, de la represión, y de la ferocidad de las clases dominantes. Y ese es un trabajo que deberá realizarse. El dolor de nuestros hermanos de todas las latitudes y de todas las nacionalidades, acrecienta nuestra capacidad solidaria y nos fortifica espiritualmente en la resistencia a la reacción. En día nos llega la verdad de los matanzas de la Federación, otro el verdadero fascista contra los millones de Valdarno o los campesinos de Milverino Murger; hoy el asesinato de Witt-

CONCLUSION

ckens, mañana la matanza de Corocoro o el salvajismo de la reacción japonesa, o los gritos de angustia de los desterrados a Siberia, o de los condenados a muerte en España... Y ese amontonamiento de una tragedia desgarradora sobre otra más desgarradora aún; Henará un día la copa del dolor, la indignación de los hombres de corazón explotará a medio de esta Babel de concupiscencias y de festines de sangre.

Jamás la historia ha visto un cuadro semejante. Ayer la sangre de los pueblos regaba los campos de Europa en defensa de los intereses de algunas camarillas financieras e industriales; hoy la sangre y las lágrimas de los trabajadores revolucionarios riegan todas las zonas del orbe en holocausto al Moloch de la autoridad y del privilegio.

No tenemos donde reposar la mirada para escapar al clamor y al espectáculo de la tragedia; el presente está dominado por la reacción y el corazón se oprime frente a tanta crueldad y a tanta ferocidad. Solo cuando dirigimos la vista al porvenir recomfortamos el espíritu en optimismo y templamos nuestro ser para la resistencia, porque todo nos asegura que el porvenir es nuestro, que el porvenir es de la libertad.

DEFINICIÓN DE LA REACCIÓN

En este momento podría ponerse en duda si somos revolucionarios o contra-reaccionarios; en realidad nuestros esfuerzos están hoy dirigidos más bien contra la reacción que en pro de la revolución. Nuestra mayor aspiración del momento es la conservación de las posiciones conquistadas; ya que no es posible avanzar, no desearíamos tampoco retroceder. Y cuando vemos en países como en Italia, en Rusia, etc., que nuestros amigos han cedido en sus posiciones, y cuando vemos que los embates de la reacción amenazan en todas partes vencer nuestra resistencia y abatir nuestra bandera, quisieramos que todos los camaradas se penetraran de esta verdad: mientras consigamos mantener vivo el fuego sagrado de nuestros principios, la reacción no nos vencerá; la reacción no puede matar más que las formas exteriores de nuestra vitalidad y eso por poco tiempo; mantengamos el estandarte de nuestras reivindicaciones sin compromisos ni diatribas; si, basándonos en pretendidas necesidades momentáneas, traidoramos o enmascaramos nuestras ideas, la caída de la reacción nos sorprenderá en la impotencia, y el porvenir no será nuestro.

Nosotros definimos la reacción como un fortalecimiento de las ideas que sostienen la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Lo esencial en este período de reacción no es la marcha de las fascistas sobre Roma, ni la acción de las banderas bávaras, ni el pronunciamiento de Primo de Rivera; ni los actos de la dictadura rusa, ni las persecuciones y las matanzas obreras en todos los países; tras los hechos están las ideas que los determinan; no estamos ante un mero problema de fuerza que pudiéramos vencer con la fuerza también; no, la reacción es un movimiento de ideas que fortalece el fetichismo autoritario, malparado en estos últimos años. El que más significación e influencia tiene en este período es el leninismo; el leninismo ha determinado la derrota de las esperanzas revolucionarias y el nacimiento y la acción de las fuerzas de la reacción. Es cierto que a los pueblos no trinitaban en la época que la revolución llamaba a las puertas del mundo, habría que haber esperado el triunfo de la contrarrevolución; pero sin el ejemplo ruso, positivamente, no hubiese alcanzado tal grado de fuerza y de ferocidad la reacción capitalista y estatal.

He ahí, pues, que si carecemos de fuerza para contrarrestar las marchas sobre Roma, en este período de depresión no hemos apostado barricadas al ataque fascista, nadie impediría que oponiéramos las ideas de la reacción nuestras ideas. Y las ideas de libertad y de justicia vencerán a las de dominación del hombre por el hombre y a las de la autoritariedad.

No encastriamos grandemente al pensamiento que la reacción sólo implica un problema de fuerza; el mismo error sería imaginar que la reacción es también un nuevo problema militar. La revelación

Yo no sé si los lectores de LA PROTESTA, y cuántos, entre ellos, habrán leído el tratado, que he buscado de hacer lo más orgánico posible, pero sin conseguirlo de modo completo, sea por la lejanía de la publicación, sea por el intervalo de tiempo entre un artículo y otro, sin que siempre pudiese releer lo que había escrito antes. (1). A eso sobre todo se debe si a menudo los lectores habrán encontrado repeticiones, y tal vez alguna ligera desorientación de forma entre un artículo y otro.

No me distimulo los defectos de este tratado, que he buscado de hacer lo más orgánico posible, pero sin conseguirlo de modo completo, sea por la lejanía de la publicación, sea por el intervalo de tiempo entre un artículo y otro, sin que siempre pudiese releer lo que había escrito antes. (1). A eso sobre todo se debe si a menudo los lectores habrán encontrado repeticiones, y tal vez alguna ligera desorientación de forma entre un artículo y otro.

Algunos artículos, además, habrán parecido algo fragmentarios y alejados de la realidad; y digo la realidad. Ellos — una pequeña parte — son la ampliación y el desarrollo de algunos artículos que había escrito desde 1910 a 1912 en *L'Agitazione* de Bolonia y en *L'Era Nuova* de Paterson. Aunque en el nuevo texto no conservo ya nada de la primera edición, y les haya agregado muchos argumentos nuevos y observaciones, todavía conservan, sin embargo, el sabor de un lenguaje lejano. No obstante, no los he querido dejar y los he puesto entre los otros, porque trataban de problemas que aún nos interesan y más; quizá, podrán interesarnos después.

Así también debo advertir que gran parte, casi los dos tercios, del artículo sobre la "neutralidad y la unidad sindical" es una reedición poco modificada y abreviada, de un largo artículo dado a la revista republicana *Critica Política* de Roma, que a comienzos de 1923 me pidió que dijera mi parecer sobre el problema del mejor modo de constituir una organización obrera que recoja la totalidad o casi del proletariado.

Se sabe que sobre este asunto no están muy de acuerdo conmigo muchos compañeros, y que en la casi totalidad en la Argentina, y muchos también en Italia y en todas partes. Pero lo mismo he querido decir en el preámbulo. Creo que la experiencia, más que los razonamientos abstractos, podrá luego dar, sobre el terreno de los hechos, la razón al que la tiene. Pero yo expreso aquí el modesto deseo de que también los compañeros que argumentan, como tengan en cuenta mis argumentaciones, por erróneas que puedan parecer, — ya que podría darse que en ellas puedan encontrar y utilizar alguna parte de verdad.

En esta cuestión tuve ya, por lo demás, ocasión de leer las corteses y amigables objeciones del compañero Arango; algunas

de las cuales, como la reacción son movimientos sociales que responden a concepciones especiales de la vida y que ven en la violencia un instrumento para hacer valer sus principios, pero que no pueden elevarse en la violencia su razón de ser. La reacción es el mundo de la explotación y de la dominación en la lucha activa, por su persistencia y su seguridad. La revolución es la lucha por un mundo de libertad y de igualdad. Lo fundamental de la revolución no es el "dilema" o el "motín caudillesco", sino las ideas del nuevo orden de cosas a que aspira y que predica.

No existen motivos, de desengañar, si nuestras fuerzas materiales no opusieron barricadas de piedra a la marcha fascista, opeadosmas las barricadas, indestructibles de nuestras ideas. La desilusión del estatismo alcanzará a todos los hombres sanos de corazón y entonces habrá llegado nuestra hora. Nuestras barricadas de ideas serán fortalecidas y engrandecidas, y se transformarán en barricadas de piedra.

D. Abad de Santillán

nas de las cuales respondí. Vi también algunas réplicas suyas, y sus argumentos, si no me han persuadido, tampoco me han parecido fútiles. Merecería mayor examen de mi parte, y podrá todavía ocuparme de ellos cuando la ocasión se presente de nuevo. Por ahora deseo dejar de lado este asunto, con el que tengo haber aburrido a los lectores.

La cuestión del movimiento obrero y de la organización sindical es ciertamente importantísima; pero no es la única interesante. Desde hace algún tiempo parece, más bien, interesar menos, porque otros problemas más vitales y urgentes han sido planteados en el terreno de los acontecimientos. La guerra, la revolución rusa, el fascismo, el renacimiento clerical e imperialista, etc., reclaman nuestra atención sobre una cantidad de problemas políticos y espirituales distintos, sobre los cuales es preciso decir una palabra nueva, algo que nos satisfaga más que las viejas fórmulas ya estereotipadas y fosilizadas.

Algunos compañeros me han sugerido la idea de reunir en volumen estos artículos sobre el movimiento obrero.

Pero para mí tienen casi todos un gran defecto que obstaculiza la difusión del volumen que me aconsejan. Y es que estos artículos se dirigen, al menos en su mayor parte, a los anarquistas solamente y pueden interesar sólo a los anarquistas y todo lo más a los elementos afines que desayunan su actividad al flanco o al margen del movimiento anarquista. Si pienso en Italia, encuentro que su publicación aquí — si bien podría tener alguna utilidad en los periódicos — sería completamente superflua. En libro: ya que si hay un asunto que desgraciadamente ha sido hecho retroceder por los acontecimientos es precisamente este de que me he ocupado en los artículos de LA PROTESTA, especialmente por su carácter polémico frente al reformismo, y como afirmación de una corriente revolucionaria de oposición, que presupone la existencia de todo un movimiento general en el vigor de su desarrollo.

Pero en este momento en Italia: toda la organización de clase libremente constituida en los años precedentes a la guerra está en estado caquelético. No hablamos de la organización sindical de tendencias libertarias y revolucionarias, cuyos componentes están todos en la prisión o en el destierro, cuyo órgano *Guerra di Classe* ha visto ultimamente prohibida su publicación; y que tiene, por tanto, apenas una oficina administrativa, en pie y algún valeroso grupo acá y allá. Pero la misma organización reformista, mastodónica en un tiempo recientemente, hoy está reducida a poca cosa, a cuadros casi vacíos, menos en poquísimas grandes ciudades; y conserva cierta influencia nominal sólo porque, sea muchos sus exponentes, diputados al parlamento, que tienen cierta competencia técnica y por esta razón son cortejados por el partido gubernamental; que quiere atraerlos a su órbita para utilizarlos o para anularlos todo prestigio.

La mayor parte de la clase obrera ha sido organizada, por amor o por fuerza, en las llamadas "corporaciones nacionales fascistas", especialmente en los centros menores; y muchos elementos que desean permanecer independientes, si no pueden desafiar la ira enemiga acuden "ficticiamente" a ellas. Estas organizaciones, pretizan estar desorganizados. Los que todavía son adherentes de las varias organizaciones libres que han quedado en pie (grupos sindicales, federaciones socialistas u organizaciones blancas); lo son más por espíritu de resistencia o por apego a sus ideas que por un fin de verdadera acción sindical, que se ha hecho hoy casi en todas partes y completamente imposible.

Pero si el tratado de los asuntos que han formado el objeto de mis artículos puede parecer por el momento fuera de la realidad, podrá ser útil en el porvenir. Podrá de todas maneras servir, en los países de lengua española en que está al-

fundida LA PROTESTA, como objeto de examen y contribución al estudio de los diversos problemas.

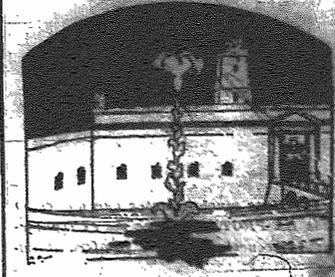
He señalado ya, en la breve réplica a un comentario polémico de Donato Arango, el origen de estas afirmaciones. Después del éxito enorme, aunque pasajero, del sindicalismo revolucionario de tendencias libertarias en Francia desde 1896 a 1904 — especialmente por merito de tantos anarquistas, como Buisson, Proudhon, Torrellier, Deleade, Ivetot, etc., — también en Italia surgió una tendencia semejante. Esta tendencia, al principio estaba representada casi exclusivamente por los anarquistas. Malatesta la defendió desde las columnas de *L'Agitazione* de Ancona en 1898. Después de los tres años de reacción (1898-1900) la propaganda de aquellas ideas fue promovida en *L'Avvenire Sociale* de Milán y en *L'Agitazione* de Roma, y continuada más tarde en *L'Alleanza Libertaria* de Roma.

Por iniciativa de los anarquistas, que ya habían penetrado en gran número en los sindicatos, en las cámaras del trabajo y en las federaciones, y que ya tenían bastantes elementos a su favor en las Marcas, en Romagna, en Liguria, en Bolonia, en Florencia, Roma, etc., se efectuó en Bolonia en 1905 la primera reunión sindicalista italiana que no fuese un apéndice del movimiento de partido de los socialistas electorales. La iniciativa fue apoyada por una minoría de sindicalistas no anarquistas, que entonces encabezaba Octavio Dinale (actualmente pasado al fascismo), y se adhirió también, algunos sindicalistas de tendencias parlamentaristas, de Bolonia (entre los cuales Niccolai y Mazzoldi).

La gran mayoría de los congresales estaba compuesta de anarquistas. Recuerdo los nombres de algunos, en parte desaparecidos o muertos, en parte todavía en la brecha: nuestros miembros Paolo Gori, Armando Borghi, de Bolonia; Oreste Gigli de Fivinalto; Domingo Savatiero de Turin; Leda Biondini y Luis Togli de Florencia; Zanetti de Forlì; Rodolfo Bellioli de Ancona; y muchos de muchas otras partes de Italia; sobre los cuales el subcripto, como periodista, no como representante obrero. Aquel congreso, se pronunció en gran mayoría por la separación del movimiento obrero de todos los partidos, y repudió toda integración en las cosas electorales. Todos los anarquistas y gran parte de los sindicalistas estuvieron concordes en esta deliberación, y se pronunciaron contra las representaciones de un grupo sindicalista político de Bolonia, citado más arriba.

Los doctrinarios del sindicalismo italiano no vieron con buenos ojos aquel congreso. Tanto *L'Avvenire* de Milán, dirigido por Labriola, como *Rivista Sociale* de Roma, dirigido por Leone, se comunicaron al congreso de Bolonia, por demasiado anarquista. Pero después de pocas aficciones, particularmente de la gran huelga general de 1908 en Parma, las ideas sostenidas al principio casi solamente por los anarquistas fueron aceptadas por la mayoría de los sindicalistas revolucionarios. Constituyeron el programa base de numerosos sindicatos, ligas, cámaras del trabajo y federaciones, y debían más tarde constituir el fundamento sobre el que surgió la *Unione Sindicalista Italiana*.

Yo me ocupé mucho del sindicalismo desde entonces en adelante durante otros



seis o siete años más o menos, primero estrechamente con la propaganda en la prensa anarquista, — *L'Agitatore*, *L'Alcance Libertario* y la revista *Il Pensiero*, de Roma. — luego directamente, durante casi dos años — como organizador (1909-1910). Participé en aquel tiempo en muchas reuniones y congresos obreros y fui secretario del Sindicato de Metalúrgicos de Bolonia, entonces muy importante; y de las varias huelgas a que contribuí con mi obra modesta, algunas están todavía en la memoria del proletariado bolonés.

Fue Arnaldo Borgia quien me sacó de las ocupaciones exclusivamente periodísticas y del trato de las cuestiones teóricas, y me empujó a la vida activa del proletariado combatiendo con él y muchos otros compañeros anarquistas pude así contribuir a crear en Italia un vasto movimiento sindical y de oposición al reformismo, que poco más tarde culminó en la constitución de la Unión Sindical. Y hasta hoy agradezco al compañero Borgia la viva experiencia que en aquellos años pude hacer.

Las observaciones que yo hice en aquel período de tiempo me fueron preciosas. Habíamos fundado entonces en Bolonia, — Domingo Zavattero, María Riggier, Arnaldo Borgia y yo, — el periódico *L'Agitatore*, que debía ser precisamente el fiancheggiador anarquista del movimiento obrero en que participábamos, y ser a la vez el portavoz de los anarquistas de la vecina Romagna empeñados en la lucha de los braceros agrícolas para el uso de las máquinas. María Riggier — que algunos años más tarde había de concluir en un campo tan lejano, opuesto y enemigo al nuestro — había en aquel momento venido del sindicalismo socialista al anarquismo, y traía al periódico y al movimiento el apoyo de su endiablada y desinteresada actividad, de su ingenio y de su vasta cultura; unida, por desgracia, a un temperamento disolvente, que contribuyó al nacimiento y desarrollo de una cantidad de discordias. En *L'Agitatore* inicié con algunos artículos arriba recordados, el examen desde dentro, desde el punto de vista anarquista, del movimiento obrero y sindical; pero interrumpí el trabajo por que, amargado por las desistencias y las discordias, abandoné primero el movimiento obrero y después el político, para dedicarme a la enseñanza.

Cómo y de qué modo pude luego continuar trabajando para nuestras ideas no es aquí el caso de decirlo. Con Agostino H y Malatesta fundamos en 1913 *Volontà de Ancona* (que fué sobre todo órgano de Malatesta); después vino la "semana roja", después la guerra, después la "guerra convulsiva" y *Unità Nova* diario en Milán y Roma; después la debacle proletaria, el fascismo, la reacción estatal. Así, cuando a fines de 1922 — suprimida casi completamente — en aquel momento nuestra prensa en Italia — los amigos de LA PROTESTA me invitaron a escribir para su simpático suplemento semanal, y sentí la necesidad de abstraerme de la dura realidad y tratar asuntos que no me obligasen a hurgar en heridas demasiado dolorosas, volví a pensar en el trabajo de revisión y de crítica ideado y truncado once años antes, lo recomencé y lo proseguí.

Hoy he terminado ese trabajo, al menos en lo que me concierne. No he dicho todo, ciertamente; y ahora que he terminado no estoy mucho más satisfecho. En muchos asuntos sería necesario un examen más cuidadoso, en otros tal vez habría que corregir algo. Pero en suma, de atenderme a mí mismo, quizá sería necesario reanudar todo. No se ocupen, los amigos lectores; no hará nada de eso. Punto y aparte!

Luis J. Ferrer

(1) Hace muchos meses que no recibimos LA PROTESTA, que me es regularmente suscrita en la frontera italiana.

Los grandes artistas EL GRECO (1545-1614)

Felipe II no era ciertamente capaz de elevar su devoción fúnebre hasta el nivel de la pasión que llenaba a una pequeña iglesia de Toledo de rostros lívidos por el afujo de la sangre al corazón, de ojos afebrados, y de una adoración frenética y de manos resacas elevadas hacia el cielo. Si no, algo de grande hubiese podido salir de su encuentro con el Greco. Cuando Theotocopuli llegó a Toledo, no hacía aún veinte años que Ignacio de Loyola hubiese arrastrado hacia el altar de la virgen para depositar su espada. Don Juan de Austria enarbolaba la bandera de Cristo al gran mástil de los navíos que conduciría a Lepanto. Teresa de Avi-

l y las flores de las agonías reales estaban ya dispuestas, lleva a ese mundo trágico el fervor de las naturalezas ardientes donde todas las formas nuevas de sensualidad y de violencia entran en llamas de fuego.

En el fondo, ese hombre joven de veinticinco años era un viejo civilizado lleno de neurosis seculares, a quien los aspectos salvajes del país al cual llegaba y el carácter acentuado del pueblo entre el cual vivía subyugaron desde el primer instante. Toledo está hecho de granito. El paisaje a su alrededor es terrible, de una aridez mortal, con colinas peladas llenas de sombras en las depresiones, un



EL GRECO — *Del apocalipsis?*

la conclusión de quemar las últimas cenizas de su carne. Durante cuarenta años ella había acogido la llama del sur, el ardor de las rocas, el olor de los naranjos, la crueldad de los soldados y el sadismo de los verdugos, el gusto de la hostia y del vino para torturar y purificar en el fuego de todos los sentidos, dirigidos hacia su vida interior, el corazón ofendido a su amante divino. Dentro, el Santo Oficio no dejaba extinguir ni una sola hoguera. Afuera, capitanes vestidos de negro llevaban contra la Reforma hombres flacos, nutridos con pálvora, que se batían con el rosario en el puño. El duque de Alba ahogaba a Flandes en llamas y sangre. El incendio de los suplicios y de las batallas ahogaba en todas partes de la fidelidad de España a su juramento.

El cretense, que veía brillar todavía en el fondo de su memoria la luz poética y roja que ilumina a los iconos en las capillas ortodoxas, y que el Ticiano y el Tintoretto habían iniciado en la pintura en su Venecia donde el lecho de púrpura

torrente encajado que truena y grandes nubes lentas en el cielo. En los días de sol arde en llamas, y es lívido como un cadáver en invierno. Apenas si aquí o allá la uniformidad verdosa de la piedra florece con la palidez argentada de los olivos, o con la líjera mancha rosada o azul de un muro pintado. Pero alguna tierra obscura, ningún follaje rumoroso; es un esqueleto desnudo donde nada viviente murmura, un absoluto siniestro donde el alma no tiene otro refugio que la soledad infinita o la crueldad y la miseria en espera de la muerte.

Con ese granito mojado, ese horror, esa llama sombría, el Greco pintó sus cuadros. Es una pintura terrible y espléndida, gris y negra, iluminada con reflejos verdes. Los trajes negros no tienen sino dos manchas grises, los cuellos y los puños, de donde salen cabezas huesosas y manos pálidas. Soldados e curas, son el último castaño de la tragedia católica. Llevan ya luto. Entierran a un guerrero en el hierro y no miran sino al cielo. Sus rostros grises tienen la aridez de la pie-

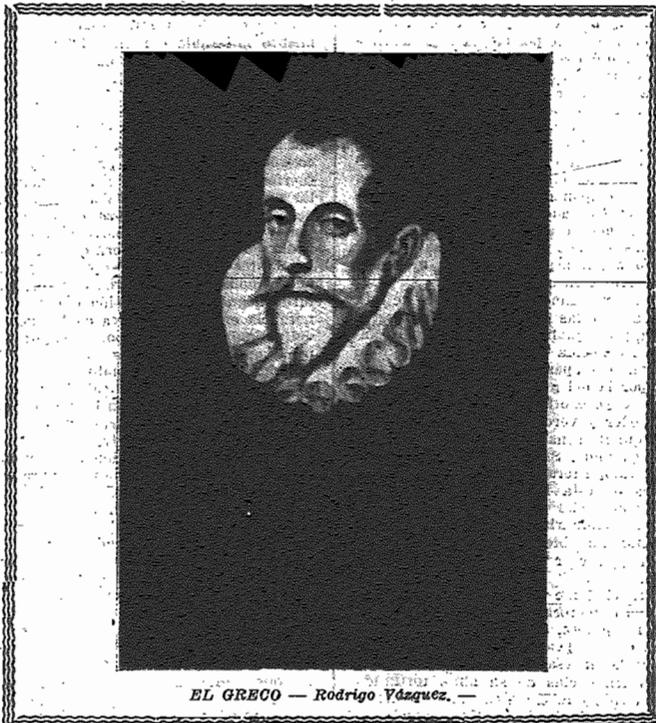
dra, los ojos salientes, la piel seca, los globos oculares hundidos bajo las órbitas huecas parecen afebrados y contorneados por una pinza de metal. Todo lo que define el cráneo y el rostro es perseguido sobre las superficies duras como si la sangre no llenara la carne ya marchita. Se diría que desde el centro del ser la piel es atraída por ligamentos nerviosos. No existe sino el ojo ardiente, fijo en la voluntad de alcanzar la muerte a fuerza de esterilizar la vida. Se sigue la mirada interior y os conduce hacia el corazón implacable. Las bocas son como cortas. El pelo rarificado por el ayuno, el ascetismo, la asfixia lenta que sube de los braseros encendidos en cámaras cerradas. El vicinato del desierto parece haber pasado por allí.

Quando la tela roja inundada de oro de un obispo expande sobre los fondos uniformemente grises y negros el recuerdo austero de Venecia y del Oriente, se diría que el pintor ejerce su fuerza en manejar las voces del mundo para dar más acento al triste brillo de caras grises, a las armonías de muerte y de polvo que suben como un himno a la alegría silenciosa de ofrecer en sacrificio al espíritu divino de la vida todas las alegrías que ella nos tiende. Su arrepentimiento de haber nacido lo persigue hasta el fin, pero cuando lo expresa en su pintura, la magnificencia que ella toma lo venga de sus terrores. Sean cuales fueren los elementos de equilibrio que persigue un artista, casi siempre inconscientemente, lo guía el misticismo más puro o el sensualismo más violento, no es un gran artista sino cuando realiza con ellos esas sinfonías misteriosas donde la materia y el alma de la vida parecen presentes al mismo tiempo y mezcladas de toda eternidad y para siempre. No es necesario que haya por encima de los grupos del Greco ángeles sobrehumanos y espectrales que se elevan, o detrás de sus Cristos suspendidos enormes nubes grises que lo aislen del universo, la sombría claridad está doquiera en las frentes levantadas, las órbitas vacías, la tierra árida y los hábitos de terciopelo negro. Está en el centro ardiente de todas esas cosas, profundo poema viviente formado por el encuentro de la obediencia y de la libertad, del mundo voluptuoso y tolerante de donde viene con el suelo más áspero, con el pueblo más trágico; del espíritu más severo del catolicismo de occidente con los recuerdos más desordenados de la ortodoxia oriental.

Nunca el ideal cristiano expresa con mayor ansiedad su impotencia para separar en dos porciones la vida. El espíritu quiere arrancarse; es inútil. Lo que es bello en las formas divinas es sacado siempre de la ciencia que poseía de las formas terrestres y a ellas vuelve siempre. Al final de su vida pintaba como un alucinado, en una especie de pesadilla católica donde lo perseguía solamente la preocupación de la expresión espiritual. Deformaba cada vez más, alargaba los cuerpos, aflató las manos, vaciaba las máscaras. Sus arules, sus ojos víncenos, sus verdes, parecen iluminados por algún pálido reflejo que envía la tumba cercana o el infierno entrevisto de las felicidades eternas. Muró antes de haber realizado la forma del sueño que lo perseguía, posiblemente porque él mismo era ya demasiado viejo y no encontraba en sus huesos endurecidos, sus nervios irritados y débiles, la fuerza que había menester para buscar en el amor de los aspectos del mundo el contralor y el apoyo

de sus visiones. ¡Y sin embargo, qué esfuerzo! Cuando se entra, en los días santos, en esas iglesias de España donde la claridad de los cirios y los vapores de incienso hacen olvidar por un instante el horror y la vulgaridad de las imágenes que se entreven, tiene también que librarse

tanos. Ella es el testimonio de la impotencia del genio para separarse de sus raíces y de la majestad que adquiere cuando consiente en nutrirse con ellas. El Greco hubiese debido ayunar y llevar el cilicio. Hubiese debido seguir a pié desnudo las procesiones en el polvo del



EL GRECO — Rodrigo Vázquez.

uno mismo uno de esos combates de los cuales se sale enervado y un poco titubeante de esa ebriedad donde el éxtasis del paraíso deseado anula el alma y el cuerpo de los que quieren olvidar. El solo ha sabido ver brazos que se elevan como para levantar la pesadez de los cielos y separar sus velos. Quedando al pié de la cruz, pudo él solo penetrar la sombra cómplice que elevase de todas partes para ocultar el asesinato, y seguir con una mirada terrible a caballeros fantasmas que penetran por un camino vacío. Él solo vio a los que no quieren conocer más nada de la tierra, formas estiradas, como impetrantes, todas enteramente aspirando hacia algo de más alto, manos que parecen alargarse en luces sobrenaturales, troncos demacrados que penden y también cuerpos jóvenes desnudos que no puede arrancar de la inocencia de la vida, pero alrededor de los cuales vagan claridades fosforescentes venidas de no se sabe dónde.

En los orígenes lejanos de esa elegancia invencible que no pudo anular su necesidad de expresar más de lo que podía, se hallaba al Griego, al Griego de las edades olvidadas, de Helena. La sombra de los dioses que erraba todavía sobre las riberas del mar meridional había bebido un vino fuerte en la copa de oro de Venecia y se había dejado llevar, sin que el Greco pudiese consumirlos toda, a los desiertos ardientes, donde la aridez de las cosas no permite al espíritu otra solución que la de la muerte. Era ella, no podía morir, había sobrevivido a los doce siglos de comprensión que la degeneración oriental hizo sufrir a las imágenes bizantinas, sobre las cuales se diría que una llama pálida y larga sube, como esos fuegos errantes que danzan sobre los pan-

granito, con los tobillos ligados por una traba, llevando una pesada cruz de hierro, y oculto por una cogulla para no tener el orgullo de su humillación. Hubiese debido pasar las noches ardientes que fuerzan a la voluptuosidad a retorcerse en la tortura de la castidad voluntaria, para hacer pasar a la mañana su fuerza exasperada en los rostros siempre lívidos, que piden el cielo, y los trajes siempre negros que atestiguan de nuestro duelo de haber vivido. No importa. Él tuvo una hija. Ama a los niños y las mujeres, y siempre la sombra ardiente y el paisaje desnudo. Toda su voluntad de ser superior a la vida atraviesa muchas veces el centro potente de la vida que hace pasar su lava, cuando se ha sentido con ardor, hasta en la muerte y las tinieblas eternas y los huesos pulverizados.

Más allá de la existencia, cuando nuestra memoria se extingue, nada de nosotros queda, sin duda. Sin embargo, si existe en alguna parte un lugar donde las sombras vagan, si hay en algún valle siniestro cadáveres de plé, espectros vivientes que no han perdido aún su forma, Domingo Theotocópuli solo, después del Dante, ha entrado allí. Se diría que él exploró un planeta muerto, que desciende en volcanes apagados donde la ceniza se acumula, y que una luna pálida, casi velada, flumina. Pero todo eso él lo ha visto. España tiene en esos aspectos, bajo la nieve, en invierno, o en los días tórridos, cuando el sol ha calcinado las hierbas, cuando no hay en la existencia sino la vibración del silencio, un fúnebre fardo pesado de no se sabe dónde en el corazón, mirajes lívidos, lagos tristes como el estauo, que se forman y beirran sobre el horizonte en aguas.

ELIE FAURE

De Sebastián Faure

Recuerdos y notas acerca de Luisa Michel

Son ya ancianos y comienzan a desparecer, los militantes que han conocido — lo que se denomina conocido — a Luisa Michel.

Los jóvenes que han salido de la guerra para entrar en las organizaciones llamadas de "lucha de clases" no pudieron acercarse a esta mujer verdaderamente excepcional por el corazón y el espíritu quien, desde la Comuna hasta su muerte, encarnó magníficamente el espíritu de rebeldía y de libertad.

Esta circunstancia puede, únicamente, explicar sino excusar el caso de ese modesto y valeroso anónimo, quien, en *L'Humanité* le ha consagrado un artículo del cual, lo menos que se puede decir, es que insulta gravemente la memoria de la mujer que pretende glorificar.

¿La revolución rusa? ¡Oh! Si, Luisa la hubiera aclamado y amado tanto como nosotros mismos la hemos aclamado y amado. De lo que se infiere, que ella, como todos los verdaderos revolucionarios, hubiera execrado y combatido la Dictadura que ha matado paulatinamente esa gloriosa revolución.

Para defender contra las hordas Versailles la Comuna agonizante, Luisa Michel empuñó voluntariamente las armas, luchó y afrontó la muerte en las filas de los insurrectos de aquella inolvidable época. Pero, si victoriosa y convertida en gobierno estable, la Comuna se hubiese rodeado de un ejército reclutado legalmente y por la fuerza, y destinado a domar y masacar al proletariado, es con los obreros en revuelta y contra ese ejército que Luisa hubiese combatido.

He aquí lo que es permitido afirmar — y para ello invoco el testimonio de todos los militantes que han conocido verdaderamente a Luisa Michel — pretender lo contrario es cínica y odiosamente desfigurar la verdad.

Disfrazar a Luisa Michel con el grotesco uniforme con el que se pavonean los miembros del partido Comunista, es ultrajar a nuestra Luisa.

Su júbilo mayor era encontrarse en medio de sus compañeros, perdida en la muchedumbre de los obscuros, absolutamente inadvertida; y solo se la apercebia en la primera fila cuando se trataba de oblar su persona, de afrontar el peligro, de arrastrar a los desheredados por la ruta roja de la insurrección, como en 1893 en la explanada de los Inválidos, como en 1871 durante la Comuna; o cuando con Fouget y los camaradas anarquistas abría las panaderías para distribuir el pan a los sin trabajo hambrientos; o como el 1° de Mayo de 1891, en Viena, donde, en compañía de Tenevina, Pierre Martin y los libertarios vieneses, ella invadía las usinas y decía a los obreros del textil a quienes los patrones reducían a la miseria:

"Tomad, esto es vuestro. Vosotros habéis fabricado estos tejidos; os pertenecen. Os los han robado. ¡Recuerdadlos! O un poco más tarde, en El Havre, después de haber sufrido las balas, de cuyas casi muere, de un obrero fanatizado por las miserables calumnias que sobre ella se tejían, encontró aunque gravemente herida y cubierta de sangre, energía para defender a Lucas, su agresor, contra el furor de la multitud y, a continuación, contra sus jueces; Luisa Michel se condujo en todas las circunstancias como anarquista.

He sido amigo íntimo de esta militante admirable. Hemos conversado juntos en más de cien reuniones. Durante cerca de tres meses hemos recorrido juntos este país, de norte a sud y de este a oeste. Era menester escucharla llamar a la revuelta a los desheredados, subversivos contra todas las fuerzas de opresión y de miseria, fustigar el espíritu de dominación de los gobernantes y la explotación de los capitalistas; predicar la extirpación, hasta en sus raíces más profundas, de todos los gérmenes de servilismo y de indigencia!

Siempre, siempre, habló ella como anarquista, sin restricción de ninguna clase.



Digo nuestra Luisa, pues en enteramente nuestra; y si por la acción revolucionaria que ella ha desarrollado, pertenece a la vasta y noble familia de los rebeldes, es a los anarquistas a quienes otorgó lo mejor de su corazón, lo más puro de su pensamiento y lo más recio de su acción.

La horrorizaban los jefes y la disgustaba la autoridad. Su modestia era tal que llegaba hasta el éxtasis de sí misma.

Jamás he visto confundirse y complacerse tan apasionadamente el odio y el amor: odio a la autoridad y amor a la libertad, odio a los poderosos, a los ricos, a los jefes, y amor a los débiles, a los oprimidos, y a los iguales los rebeldes. Su corazón estaba tan vibrante de ternura y de devoción por las víctimas de la Autoridad y del Capital, que, a pesar de su

ciones del mundo intelectual se agitaban confusas, imprecisas como sombras, no pudiendo encarnarse, y he aquí que Spencer lanzaba súbitamente, en este caos, esplendorosa luz, clasificando los conocimientos humanos, mostrando su admirable unidad, laborando las últimas realidades y presentando, a sus ojos maravillados, un universo concreto.

Y Martín Edén debió exclamar: "¡No! no existe Dios; sólo existe lo incognoscible, de cuyo Herbert Spencer es profeta". Y este impulso de entusiasmo no se debilita cuando descubre que el gran filósofo inglés, como el mismo Darwin, se detiene a medio camino en las últimas conclusiones de orden religioso, político o social que derivan necesariamente de sus indiscutibles premisas.

Todos aquellos de mis lectores que han podido familiarizarse con la obra spenceriana saben que su autor no sólo se detuvo a medio camino, sino que bajo la influencia de sus orígenes, de su mentalidad y de su educación burguesa, atenuó singularmente, hacia el fin de su vida, el individualismo de su doctrina, y que después de haber escrito "El individuo contra el Estado" tomó vigorosamente la defensa de éste y protestó con significativa vehemencia, contra las conclusiones que socialistas, comunistas y anarquistas pretendían con razón tener derecho de inferir del conjunto de su obra.

Así mismo, los más finestres continuadores de la obra de Darwin y de Spencer, Haeckel a la cabeza, han continuado, bajo las mismas influencias, esas tácticas de reacción y se han esforzado en presentar la nueva doctrina, no solamente como desfavorable al socialismo comunista y anarquista sino hasta fundamentar los derechos de la "ELITE", es decir, de la aristocracia, sobre el mismo darwinismo.

En el célebre discurso que pronunció, en 1877, en el congreso de los naturalistas, en Munich, Ernesto Haeckel resumió más o menos así toda la argumentación opuesta a las tentativas hechas para apoyar las doctrinas revolucionarias sobre las teorías de la evolución.

1) Esas doctrinas tienden a una igualdad química de todos y de todos. El darwinismo, por el contrario, no solamente comprueba sino explica las razones orgánicas de la desigualdad natural de las aptitudes y aún de las necesidades de los individuos.

2) En la vida de la humanidad, como en la de las plantas y animales, la inmensa mayoría de los que nacen está destinada a perecer, para que una pequeña minoría solamente triunfe en la "lucha por la vida"; la doctrina socialista y revolucionaria pretende por el contrario que todos deben triunfar en esta lucha y que nadie debe ser vencido — lo que es, por ende, contrario a la doctrina darwinista, es decir a la verdad científica.

3) La lucha por la existencia, asegura la "supervivencia de los mejores, la victoria de los más aptos", y sigue, por consecuencia, un proceso aristocrático de selección individual, en lugar de la democrática nivelación concebida por las doctrinas revolucionarias (socialista, comunista, anarquista).

Contra esta defensa pretendidamente científica de la senil sociedad capitalista y burguesa que apenas var así resumida y formulada por un espíritu tan clarovidente como el del gran naturalista alemán, Jack London se opone con fuerza y precisión verdaderamente asombrosa en un escritor de imaginación.

Cuando se lee su hermoso libro titulado: "El lobo de los mares", nos preguntamos si no lo ha escrito para encarnar en su héroe, Loup Larsen, la doctrina de la "lucha por la vida", con su implacable crueldad y tal como aparece, con sus consecuencias sociológicas, a los defensores del régimen capitalista y burgués.

Loup Larsen es un verdadero monstruo a quien la naturaleza ha donado al mismo tiempo que el summum de la fuerza física, una inteligencia notable y la facultad de adaptación que le ha permitido, pese a un existencialismo perturbado de basido, adquirir una cultura científica de cuya se muestra orgulloso más que de un pretendido título. Ha leído y retiene toda la literatura científica de nuestro tiempo. Conoce a fondo la obra filosófica de Spencer.

Manda como amo absoluto, como tirano, un barco que ha robado, armado, equi-

pado y dispuesto a partir para la pesca de la foca en los mares del norte.

Su superioridad física e intelectual sobre estos humildes propietarios del mar es tal, que los considera como su cosa, su propiedad, así como a la goleta robada.

Exige de ellos la obediencia pasiva del perro a su amo, y la más leve tentativa de resistencia es en seguida repulida a golpes de su formidable puño. En una palabra, ha llegado a inspirarles una especie de terror sagrado, semejante al que experimentan los salvajes más primitivos ante su gran fetiche.

Darwinista convencido, Loup Larsen justifica a sus propios ojos por la ley del más fuerte y los derechos del más apto, todos sus crímenes de lesa humanidad.

Frente a este protagonista de la fuerza y sus crímenes legítimos por la ciencia, se levanta Jack London mismo en la persona del más humilde, del más débil de sus marineros.

Habiendo naufragado el paquebot sobre el cual éste se hallaba, es recogido en medio de la tempestad por el barco de Loup Larsen, en cuya propiedad se convierte con el mismo título que los otros hombres de su tripulación. Y a partir de ese momento, la más extraña, la más apasionada de las luchas morales se traba entre dos "intelectuales" de los cuales uno posee la fuerza, el prestigio físico del león, y el otro la debilidad y fragilidad aparente del mosquito.

A la doctrina darwinista, que el tirano del barco expone, con sus consecuencias más feroces, a su nuevo esclavo, para justificar los abusos de su propia tiranía y los de la sociedad, el esclavo replica como si en la misma víspera hubiese leído las hermosas páginas de Kropotkin sobre "el apoyo mutuo": le muestra que la lucha de clases por la cual se guiará el mundo nuevo, no es otra cosa que la ley darwinista de la "lucha por la vida" transportada de los individuos a las colectividades; y que al mismo tiempo la noción y la conciencia siempre creciente de la solidaridad humana, han atemperado más y más, a través de los siglos, todo lo que habla de ferocidad en la naturaleza, la gran lucha por la vida.

Necesitaría aquí un lugar del que no dispongo para citar los diálogos, variados choques científicos entre los dos hombres a propósito de mil incidentes de la vida de abordaje, en los que Loup Larsen abusa de su fuerza parapetándose detrás de Spencer y Darwin.

En Iron Heel, otro de sus libros, que merece ser leído y releído, Jack London ha formulado y desarrollado la profesión de fé de un socialista revolucionario apasionado y sincero. Ha dicho lo que piensa de la Iglesia y del cristianismo, tal como aquella lo ha moldeado para el mejor provecho de su clero.

"...La Iglesia, escribe, no enseña más y practica menos aún las doctrinas de Cristo; de ahí que los obreros no quieren reconocerla. La Iglesia perdona y aún sostiene la horrible brutalidad y el salvajismo con los cuales el capitalismo abruma a la clase obrera."

Escuchad aún las hermosas palabras sencillas que pone en boca de Martín Edén dirigiéndose a los capitalistas y los burgueses:

"No se puede anular la ley del desarrollo: os es fácil negarla; pero ¿dónde está la nueva ley que mantendrá vuestra fuerza?... Ha pasado el tiempo en que unos se pasaban mientras trabajaban los esclavos; los esclavos no aportaban bienes; son demandados numerosos para dejar al caballero el tiempo de montar a caballo."

Y volviendo sobre este tema en Iron Heel, añade:

"Si el hombre moderno tiene una capacidad de producción mil veces superior a la del hombre de las cavernas, por qué, en los Estados Unidos, no están convenientemente dotados y alimentados quinientos millones de hombres. Por qué trabajan tres millones de niños? La culpa es del capitalismo que sirve de forma tan criminal e injusta."

Estas verdades dolorosas que son las consecuencias fatales del régimen capitalista y burgués, las volvemos a encontrar extensamente expuestas en otro de sus li-

bro: Burning Daylight, que considero como su obra maestra.

Es la historia de un modesto buscador de oro, obrero minero, maravillosamente dotado, lo mismo que Loup Larsen acerca de la relación entre fuerza física e inteligencia, y que al precio de esfuerzos inauditos pero rápidamente coronados por el éxito, se convierte en multimillonario.

Como Daylight es, sobre todo, un luchador, y como para él la vida solo tiene valor cuando se lucha contra los elementos o los hombres, llega a Nueva York con la intención de hacer morder el polvo a todos los grandes tiburones de Estados Unidos, monopolizadores y otros, que son los verdaderos reyes de América y del mundo. Es decir que con los millones arrancados al "suelo" misterioso de Klondike, el obrero Daylight no tarda en adquirir la mentalidad de capitalista y se transforma en una especie de Loup Larsen civilizado.

"Lo mismo que la riqueza, la civilización no había mejorado a Daylight. En efecto, sus trajes eran del mejor corte,

sus maneras habían ganado y habían en inglés más correcto. Como jugador y como dominador, su inteligencia se había notablemente desarrollado. Se había dividido a una vida más amplia, y su espíritu, habían adquirido en las luchas feroces y complicadas con los hombres. Pero su carácter, se había endurecido: la bondad y la simple alegría de los otros tiempos había desaparecido. En su vida, hecho cívico y brutal. El poder había obrado sobre él como sobre todos los hombres. Desapareciendo el rebato de los estúpidos explotados, sólo en el fondo, con fiama... No, era más, físicamente, el hombre de los millones de hierro, que había descendido de Arctos. Era más que un volcán fóbico y su castro atrajo su atención sobre un comienzo de guerra que efectivamente el viento, comenzaba a resaltar..."

F. Vigné D'OCTON

(Concluída)

Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero

(Conclusión)

1.— que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado;

2.— que toda organización de un poder político llamado provisorio y revolucionario para realizar esa destrucción no puede ser sino un engaño más y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos existentes hoy;

3.— que rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer, al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria."

Desde entonces data en el campo socialista el abismo entre los partidarios de la acción directa revolucionaria y los defensores de la "actuación parlamentaria" de la clase obrera, que ha venido más infranqueable y más amplio en el curso de la evolución.

Por algunas observaciones accidentales que hizo casualmente Marx sobre el parlamentarismo se ha formado la leyenda de que él y Engels han combatido siempre la "actuación parlamentaria" de la clase obrera en los cuerpos legislativos del Estado burgués, y que en consecuencia la socialdemocracia ha perpetrado una traición al principio de la doctrina marxista al llevar la "política electoral" y la táctica más distinguida de su actividad política que Marx durante su primer período en el movimiento socialista se combatía bastante escépticamente frente al parlamentarismo. Pero desde 1868 se modificó su actitud en este problema de una manera esencial y se inclinó desde entonces resueltamente a la parte opuesta.

No cabe duda que ha contribuido mucho la propaganda triunfal de Lassalle a ese cambio de ideas. Que esto no es una afirmación arbitraria de nuestra parte se deduce de una gran parte de ejemplos extremadamente numerosos.

Cuando Wilhelm Liebknecht pronunció en 1869 en Berlín su famoso discurso sobre la "actuación política" de la socialdemocracia, en el que no se rechazó por razones de principios la actividad parlamentaria de la clase obrera, como se sostuvo firmemente, sino que fue sometida a una fuerte crítica, Marx no estaba de acuerdo de ningún modo con esa actitud. En una carta a Engels, fechada el 10 de agosto de 1869, escribió con innegable ironía:

"Wilhelm, en la parte inferior de su discurso (pronunciado en Berlín, la posición política de la socialdemocracia) de testimonio de haber creído en la cosa, se detiene de la filosofía con una precisión que no se puede negar. Pero lo demás es un muy hermoso! Porque el Reichstag sólo puede utilizarse como medio de agitación, no se puede agitar allí

nunca en pro de algo razonable y directamente relativo a los intereses de los trabajadores."

Por consiguiente Marx se pronunciaba por una actividad positiva en el parlamento en un tiempo en que sus partidarios en Alemania rechazaban la colaboración directa en el Reichstag por motivos de principios y declaraban la actuación parlamentaria simplemente para fines de agitación.

En la misma época vemos cómo se difundió en las secciones de la Internacional de Ginebra un optimismo que causó grandes daños a la propaganda socialista. Un cierto Gallery, un médico del país bernés, había llevado a los obreros a concertar acuerdos electorales con los liberales de Neuchâtel, de tendencias monárquicas. Otra vez apoyó a los radicales burgueses para quienes la Internacional era una pesadilla. La Federación revolucionaria del Jura, a la que también pertenecía Bakunin, adoptó una actitud crítica contra semejante continuación de los principios socialistas y se llegó a una decisión formal. Pero Marx se puso de frente de los oportunistas y se declaró formalmente contra el "proletariado del Jura, de espíritu puramente socialista y revolucionario".

Cuando en 1874 estalló la revolución en España, los internacionales que estaban casi exclusivamente con las ideas anarquistas, marcharon por su propia vía al margen de los partidos burgueses para obrar en el sentido de la revolución social por la apropiación de la tierra y de los medios de producción. En Alcoy, en San Lúcar de Barrameda, en Sevilla, en Cartagena y en otros lugares estallaron luchas populares y francesas insurreccionales que fueron poco a poco, sucesivamente, aniquiladas. El que se mantuvo más largamente fue el puerto militar de Cartagena, que estuvo varios meses en manos de los rebeldes, hasta que finalmente cayó por la ayuda de los ejércitos de guerra prusianos e ingleses. Sin una cesación crítica Engels en el Volkstaat y los bakuninistas españoles de la manera más dura y se reprochó principalmente que no se habían adherido a las repúblicas burguesas y no se cansen de advertir que en Sevilla, donde la industria estaba tan poco desarrollada, para los trabajadores era imposible otra táctica. Pese a como se haría España la actitud de sus partidarios bolchevistas en Rusia, que se apartaron tan notoriamente de las leyes de la interpretación materialista de la historia — táctica de reaccionar a la vez el Comunismo en un país donde existen 125 millones de campesinos y apenas cinco millones de trabajadores industriales. No hay duda, habría estado de parte de los mendicistas y habría hablado de una

unión de los obreros con la burguesía liberal.

Cuando después del congreso de Erfurt en 1861 fueron expulsados del partido socialdemócratico los llamados "jóvenes", porque habían promovido exactamente las mismas acusaciones que promueve hoy Lenin contra los oportunistas y los kautskyanos, los elementos opo-

tores fundaron un partido propio, que tuvo su órgano en el *Socialist de Berlín*. Esta tendencia al principio era estrictamente marxista y defendía concepciones que son casi idénticas a las del actual partido comunista. Si se lee por ejemplo el escrito de Hermann Teicher, "Der parlamentarismus und die Arbeiterklasse", como en general los artículos históricos del *Socialist* de aquel período se tropiezan allí exactamente con las mismas ideas que se encuentran hoy en todas partes en la prensa comunista de Alemania y que también Lenin expresó en su libro "El Estado y la revolución proletaria".

Como los bolchevitas rusos y los adeptos al K. P. D. rechazaron en otro tiempo los "socialistas independientes" la democracia en el sentido burgués y negaron toda participación en los parlamentos burgueses en mérito a supuestos principios marxistas.

¿Pero cómo juzga Engels a los jóvenes que habían atribuido, lo mismo que hoy los "comunistas", a los jefes del partido socialdemócrata traición al marxismo? En una carta a Sorge, fechada el 24 de octubre de 1891, se despacha el viejo Engels en las siguientes efusiones amorosas:

"La oposición de los berlineses inocentes, en lugar de acusar cayó inmediatamente en el banquillo de los acusados, se comportó de una manera miserablemente cobarde y debe ahora arreglarse fuera del partido como quiera. Entre ellos indudablemente hay elementos políticos, otra parte son anarquistas escondidos que quieren ganar en silencio nuestros gentes; al lado de esos, de estudiantes, inflados, candidatos fracasados, gloriosos de toda especie. En total no son 200 hombres".

Una muestra de los nombres cariñosos que Engels dirigía a los "comunistas" que se consideran tan pretenciosamente como los canchiberos de los principios marxistas.

Que Engels estaba completamente de acuerdo con la táctica de la socialdemocracia, lo demuestra también su prefacio a la serie de artículos de Marx "La lucha de clases en Francia", publicada en 1895, donde dice:

"La ironía de la historia mundial lo trastorna todo. Nosotros, los "revolucionarios", los "derrumbadores", prosperamos mejor en los medios legales que en los ilegales y en la revolución. Los partidos del orden, como se llaman a sí mismos, desaparecen en nuestra legalidad. Gritan desesperados con Odilon Barrot: la legalité nous tue, la legalité nous mata, mientras que nosotros ganamos en esa legalidad miscelánea elástica y roja mejillas y aparentamos como la eterna vida".

No se podía justificar mejor los métodos de la vieja socialdemocracia. De estas cosas no quiere decir una palabra Lenin y menos sus amigos de Alemania. Nuestros socialistas mayoritarios solo necesitan apelar a ellas para señalar que son los verdaderos representantes del marxismo. Y el que conoce la historia debe darles la razón. El marxismo fué el que llevó a la casa obrera a la actividad parlamentaria y el que determinó la evolución interna de la socialdemocracia alemana. Tan solo cuando los verdaderos socialistas de Alemania vuelvan este conocimiento, comprenderán que el camino de la liberación social no llevará a la tierra de promisión del socialismo por medio, sino por encima del marxismo.

RUDOLF ROCKE

No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, para el hombre es superior al Estado, ya que antes de que se formara el Estado, el hombre ya poseía el derecho de proteger a sus actividades. — LEON XIII —

NIETZSCHE Y EL ANARQUISMO

(Conclusión)

Que entre hombre y hombre haya abismos, que haya una moral de los patronos y otra de los esclavos, que puedan coexistir dos civilizaciones distintas y enteramente diversas es cosa de alcoholistas de la filosofía y de literatos de la política. Solo Nietzsche, que se autodefinía el "Don Juan del conocimiento", podía reoocer en sales-darwinistas los héroes de Carlyle.

No alargaré el campo del exámen crítico. Creo que basta con poner en relieve las fundamentales posiciones antitéticas del anarquismo y del individualismo nietzscheano.

Primero la histórica. Para nosotros el Superhombre nietzscheano es un fantoche de novela o un tirano histórico: rey príncipe o demagogo. Tiene los defectos de los más, de la "grey". Y no tiene las virtudes de los hombres que no se empuñan sino que trabajan, osan, se sacrifican en el anónimo gris de la muchedumbre, a la pequeña luz de una gran sabiduría.

El dominador encontró siempre los poetas, los imbéciles y los sirvientes, que lo exaltaron. El ojo del historiador ve también estas cimas que están iluminadas por ese sol poniente que es la fama, pero ve que las cimas no existen sin la montaña y que ésta es la fatiga, el esfuerzo de las multitudes.

El culto de los héroes es justo cuando en los héroes se ven y se aman las mayores expresiones históricas de lo que de superior hay en la humanidad, pero es falso cuando reduce la dialéctica sucesión de las colectivas voluntades de vida a una serie de biografías ilustres. El individuo y la multitud están estrechamente unidos en la civilización, y en vano se intenta con sofismas simplistas y retóricos, separarlos o ponerlos en una posición profundamente antagónica.

Las multitudes son la tierra y los grandes hombres las plantas. El desarrollo colectivo condiciona el individual. El Superhombre no es más que la individualización del progreso colectivo. Todos los grandes son hijos del siglo. Donde la tierra no está labrada tenemos el cardo inútil. Donde la tierra es fecunda tenemos el buen grano. En una sociedad de esclavos tendremos el patrón; en una sociedad de libres tendremos el hombre que domina con su genio, con sus obras útiles, con el atractivo de una personalidad elevada.

Las aristocracias son una ley de la historia. Son en el mundo social lo que en el desarrollo biológico son los caracteres nuevos del organismo que se perfecciona. Pero aristocracia significa superioridad real, no jerarquía de dominio externo. Las aristocracias que, superado el esfuerzo de afirmación, se consolidan exteriormente, es decir con el privilegio y la violencia, llevan en su seno el germen disolvente.

Luego, no se ve cómo el Superhombre nietzscheano pueda ser tal si su altura solo es dada por la servil baja, de los demás.

Es más fácil, en efecto, afirmarse en la vida apoyando la voluntad de dominio en las debilidades y bajezas de los demás, que afirmarse interiormente, transformando nuestra personalidad según un ideal de vida.

Dominar a los otros significa hacer nuestras las deficiencias y desviaciones morales que hacen que los otros sean dominables.

Pero también un concepto económico, en sentido amplio, determina esta posición nuestra. La convicción de que no podemos superarlos más que permaneciendo en nuestra humanidad particular. El Superhombre no es un antipuesto, es nuestra concepción al hombre. Le es immanente, latente y continuamente presente.

El Superhombre es un término usado por Nietzsche para indicar el hombre

ideal contrapuesto al común. El hombre común es el que vive contento o mezquinamente descontento de su pobre vida cotidiana. El que no procura salir del círculo de sus costumbres, de sus placeres, de sus aspiraciones. Cualquiera idealismo rechaza tal hombre. Pero es un error el de considerar, como lo hace Nietzsche, la vida cotidiana, la normalidad del individuo, como campos cerrados a lo sublime. Con razón Croce pregunta, escribiendo de la "moral heroica": ¿acaso es ella algo más que una bella frase? Y observa que en la moral común hay todo lo necesario para ser héroes, y que la moral heroica es un eufemismo para designar una actitud que es a la vez dilettantismo y sensualidad.

Moral común equivale aquí, se entiende, a la conciencia de hacer o de deber hacer siempre más y mejor lo que nuestra vida nos ofrece como posibilidad de bien. Los que no hacen nada porque lo poco que podrían hacer cotidianamente les parece despreciable; los que no realizan las pequeñas buenas acciones porque sueñan y se forjan la ilusión de querer las grandes, generosas, sublimes acciones, son Superhombres de opereta. Desprecian la vida como banal comedia, aspiran al drama de tintas fuertes, y son personajes de farsa. Todos, desgraciadamente, nos parecemos un poco a ellos. Amar a la humanidad es más fácil que amar a nuestro semejante, con sus defectos y con las obligaciones de prueba de afectos que eso nos impone. Sofiar grandes cosas es más cómodo que hacer muchas pequeñas cosas, que sin embargo requerirían ese espíritu de sacrificio, esa voluntad que nos hacemos la ilusión de poseer para las grandes. En la infancia, cuando los deberes son gravosos y se huye a la escuela ¡cuántos grandes sueños! Pero luego, diametralmente con el crecimiento de las fuerzas intelectuales y morales, nos damos cuenta de los límites de la vida. Y llegamos, en parte, a persuadirnos de que cada uno debe tratar de "ser" en su orden: buen trabajador, buen padre, buen ciudadano. Y si sentimos esta dignidad del esfuerzo cotidiano, y de la cotidiana renuncia, nuestra pequeña vida no nos parecerá mezquina. El hombre que ama a los suyos ama también a su prójimo más lejano; el hombre que conoce la alegría y siente la dignidad del trabajo, conoce el dolor y tiene conciencia de sus derechos. Se siente unido a los que sufren, que son oprimidos, que luchan. Sabe reivindicar su derecho a un poco de sol.

Una vida de diarios esfuerzos de voluntad y de diarias experiencias de dolor y de amor vale ciertamente más que los sueños perseguidos de los Superhombres, que se crean tales solo porque no saben no quieren ser "hombres".

Vale más cualitativamente, en cuanto requiere virtudes más íntimas; y también potencialmente, en cuanto forma más y mejor nuestra personalidad.

Nietzsche soñaba, soberbiamente, no tener un par de lectores dignos de él.

Sus libros, al contrario, fueron saqueados, y encontró, demasiados Superhombres. Entre estos están ciertos individualistas que lo ruman, sin digerirlo. Y entre estos, pseudonietzscheanos están los que afectan el más profundo desprecio por la humanidad. *Mim ipsi scripsi*, pero el hecho de que buscaba editores y traductores demuestra que escribía para sí mismo.

El verdadero individualista no busca de comunicar a los otros su concepción de la vida y de la sociedad. Esos individualistas que no hacen más que chillar "Yo soy el Único, yo desprecio a la humanidad", etc., hacen pensar en aquellos escépticos que dudan del pensamiento y escriben volúmenes de filosofía. Si no tuviésemos de estos "Únicos" en nuestras filas y no fuéramos tan invariables, no hablaría de ellos. Pero ya que hay sedicentes anarquistas que creen poder conciliar

las fantasías poéticas de Nietzsche con el anarquismo tal como es en sus más genuinos filósofos: desde Proudhon a Guyau, nos ocupamos de ellos.

Hemos visto que el Superhombre nietzscheano tiene una moral. Y esto lo quiero hacer presente a esos vulgares inmorales que son los monitos zaratustrianos.

A su derecho de más fuerte el Superhombre acompaña un alto deber; al dominio agrega la responsabilidad.

El hombre sabrá dominar a los otros solo cuando sea señor de sí mismo. Será duro con su propio cuerpo y con su propio espíritu. Contrará entre sus deberes también los propios derechos y privilegios. La nueva nobleza tendrá por lema y por principio: "A mayores derechos mayores deberes".

El Superhombre es, pues, un ideal ético. Nietzsche niega la moral para afirmar su moral.

Los Superhombres, al contrario, encuentran más cómodo dispensarse de las comunes obligaciones morales, sin buscar de volverse los dominadores de sí mismos; condición necesaria para afirmarse en la vida aún en sentido nietzscheano. No son ni héroes ni hombres. Superhombres, los llamará Goethe, que usaba este término para burlarse de los semi-hombres.

Para los individualistas el anarquismo no es más que "un medio de agitación del individualismo", como se dice en la "Voluntad de Potencia".

Aquí se impone un dilema. O los individualistas aspiran a convertirse en Superhombres en sentido nietzscheano, y entonces no tienen nada que hacer con un movimiento que tiende a realizar una sociedad y un tipo humano que están muy lejos del mundo de Zaratustra, o los individualistas son unos buenos muchachos que no pueden renunciar a las bellas frases y no consiguen salir del mundo pintado de... lo sublime, y entonces procuran sistematizar su pensamiento.

Un individualista, Falante, en su libro *La sensibilidad individualista*, reconoce que el anarquismo es inconciliable con el individualismo, diciendo: "El anarquismo cree en el progreso. El individualismo es una actitud de pensamiento que se podría llamar no histórica. Niega el porvenir, el progreso. Ve en el *swastika* un tipo humano eterno presente".

Bastaría el pesimismo nietzscheano para excluir a Zaratustra del anarquismo. Pero hay individualistas que lo hacen entrar. Y en vez de abrirse un camino por donde deshacer el nuestro. ¡Pero por suerte la guerra y el fascismo no han embarazado de muchos Superhombres! Hemos quedado en la brecha nosotros, sin lirismos y sin zancos. Procaremos aprovechar para dar luz a nuestro pensamiento y dirección a nuestra voluntad.

C. B.

N. de R.— En el número anterior, algunos párrafos de la primera parte de este artículo, aparecieron confusos a causa de una transposición de líneas. Para subsanar ese error, los reproducimos íntegros aquí, tal como debieron aparecer:

Casi todos los apóstoles del Verbo de Zaratustra son personas embaucadas de literatura.

Los filósofos, los mayores, consideran a Nietzsche un "literato". Los sociólogos y los médicos lo condenan como un loco, un decadente.

Las acaloradas discusiones que se han encendido, continúan encendiéndose y se encenderán por mucho tiempo todavía, en torno a su nombre, demuestran que la obra del poeta hace sobrevivir el pensamiento del filósofo. La palabra del poeta es sólida, inamovible y permanece en el crepúsculo del pensamiento consiguiendo reunir a la multitud de los siglos.

EL ULTIMO PIC-NIC DE LA TEMPORADA SE EFECTUARA EL PROXIMO DOS DE MARZO